

izquierdas. Caillaux sabe que en punto a recursos pecuniarios, la verdad es una sola; que la ley de los números no pertenece a las izquierdas ni a las derechas.

El pecado del político radical no está en su conducta de hoy, sino en su pasada demagogia, que hoy le hace víctima suya. No impunemente se juega con las pasiones populares; *a Demos no se le halaga sin peligro.*

La *democracia*, el hombre de la calle, cuyos derechos ciudadanos fueron base de la situación política de Caillaux, pensaba que el padre del impuesto a la renta sería también el padre del impuesto sobre el capital.

Pero Joseph Caillaux, en ésta y otras muchas cosas, sabe algo más que el hombre de la calle; sabe que no bastaría depajar a unos centenares de ricos para producir el equilibrio financiero, y que el impuesto sobre el capital, en Francia, afectaría a multitud de gente modesta y acarrearía inevitablemente la muerte política del ministro que lo propiciara.

He aquí, pues, el origen de las *tribulaciones de M. Caillaux*. La *democracia* no perdona, porque no comprende que es necesario que a veces se deje engañar: la verdad no es fruto para todas las bocas.

La permanencia de Caillaux frente a la hacienda francesa: tal es el punto que atrae todas las miradas; nada puede res-

tarle importancia, siquiera sea el viaje de M. Briand a Ginebra, donde se han de discutir con Inglaterra las bases de la seguridad futura de Francia.

Mientras tanto, el franco baja, se eleva el precio de los consumos, los comunistas amenazan lanzarse contra una sociedad empobrecida, nerviosa, desorganizada. Es el camino al abismo, que M. León Bourgeois previera ya en 1921.

¡Orden! ¡Seguridad! ¡Precauciones contra la revolución!, si no quiere verse la Francia arrasada por una ola de sangre, termina M. Latzarus.—A. V.

#### **Una carta inédita de Anatole France.**

*L'Eclair* publica un artículo de Louis Barthou, en el cual se incluye una carta inédita de Anatole France a propósito de *La légende de sainte Radegonde*, librito que M. Bergeret publicara a los quince años de edad, en 1859.

Los ejemplares escasísimos de este pequeño libro,—se contaban cinco o seis,—eran subitamente apreciados en 1918, cuando el maestro escribía *Petit Pierre*. M. Barthou, bibliófilo apasionado y amigo del maestro, confesó a éste, durante una comida, su propósito de adquirir un ejemplar de la *Légende*, cuya venta pública se anunciaba esos días.

France, que naturalmente no

logró convencerlo de la vanidad de sus propósitos, consolándose de la irreparable firmeza de su amigo, le ofreció en esa oportunidad escribir algo para el ejemplar de M. Barthou.

Tal es el origen de la carta que nos es grato traducir hoy porque contiene una aclaración interesante de los procedimientos literarios de France y sobre la vida de uno de los más curiosos personajes de su obra autobiográfica, casualmente relacionado, como se verá, con un incidente familiar de la *Légende*.

He aquí la carta:

«Mi querido Louis Barthou,  
« ¿cómo es posible que un espíritu como el vuestro, capaz de dominar las grandes cosas, pueda complacerse en estas pequeñeces? Pero ya que así lo deseáis, os relataré la verdadera historia de una tarea de colegial. Esta, no sé por qué razón, fué premiada por la academia Stanislas, formada por los mejores alumnos de retórica y filosofía. Este honor halagó el corazón de mi madre, que en muy pocas ocasiones podía enorgullecerse de mí, pues jamás brillé por mi comportamiento en el colegio.

«Esta *Légende de sainte Radegonde* acusaba la lectura de Agustín Thierry, pero no atestiguaba gran inteligencia en un muchacho de quince años. Sea como fuere, a mi

« querida madre le pareció muy hermosa. Fué leída en familia; el abuelo Dufour, que asistió a la lectura, se sintió emocionado y lloró. Este abuelo Dufour, segundo marido de mi abuela materna, no estaba relacionado en verdad con nosotros, pues mi madre era del primer matrimonio. Jacinto Dufour, sargento en 1814, se cubrió de gloria en Montmirail, en presencia del Emperador. Fué para su desgracia y la de los suyos. Habiendo gastado aquel día en el campo de batalla toda su virtud, no conservó nada para el resto de sus días, que se prolongaron bastante bajo el Segundo Imperio. Fué el tormento de mi pobre abuela, que lo adoró hasta su muerte.

«Lo he pintado sobre la realidad en el relato todavía inédito de *Petit Pierre*. Sólo me he tomado la licencia de hacerlo tío, en razón de que, no siendo su nieto por la sangre, el haberme presentado como su nieto por afinidad me obligaba a excesivas explicaciones.

«Jacinto, cuando le conocí, soportaba muy bien el peso de su edad avanzada. Sus ojos azules, muy atrayentes, iluminaban su rostro rosado. Hablaba con suavidad, y su voz era muy agradable. Su porte, sus ademanes, sus palabras, respiraban bondad,

« virtud y honor. En realidad,  
 « borracho y desordenado,  
 « arrastró a su mujer a la mi-  
 « seria, cometió infinitas bella-  
 « querías, ejerció toda clase de  
 « oficios, sin ganar jamás la  
 « más pequeña consideración.  
 « Se le conoció sucesivamente  
 « como profesor de caligrafía y  
 « contabilidad, agente de segu-  
 « ros, comerciante en vinos,  
 « inspector de Mercados en  
 « París, copista de teatros, se-  
 « cretario de M. Etienne—de  
 « M. Etienne, « menos ilustre,  
 « decía, cuando se incorporó  
 « al Instituto por sus méritos,  
 « que al ser excluido de esta  
 « corporación por un rey» —,  
 « asociado a un mercader de  
 « hombres de la calle de San  
 « Honorato y pregonando el  
 « precio de los enganches en la  
 « taberna de los *Dos Grana-*  
 « *deros*.

« Mi padre se negaba a reci-  
 « birlo. Mi madre, con la espe-  
 « ranza de que se enmendara  
 « en los días de la vejez, le  
 « abrió nuevamente la casa.  
 « Creía aún que, arrepentido  
 « de sus errores, viviría en paz  
 « con su anciana mujer en un  
 « pequeño departamento de la  
 « calle Dragón. Así lo asegu-  
 « raba el pérfido, celebrando  
 « las alegrías de la vida fami-  
 « liar. Pero, de la mañana a la  
 « tarde, y frecuentemente por  
 « las noches, establecido en un  
 « café de la calle Rambuteau,  
 « abría allí su oficina de hom-  
 « bre de negocios y de escritor

« público, consejero de los pe-  
 « queños negociantes fallidos y  
 « de las sirvientas enamoradas.  
 « Poseía lo que en aquella épo-  
 « ca se llamaba una hermosa  
 « mano, es decir, buena letra.  
 « Esta hermosa mano comen-  
 « zaba ya a temblar. Sin em-  
 « bargo, aun conservaba algu-  
 « na maestría, sobresaliendo en  
 « la bastardilla. Juró a mi ma-  
 « dre que se consideraría feliz  
 « y orgulloso en su indigente  
 « vejez, al inmortalizar por la  
 « caligrafía la obra de este niño  
 « estudioso destinado a mejor  
 « fortuna.

« —¡Que pueda Anatole, ex-  
 « clamó, seguir las huellas de  
 « M. Etienne!

« Sin duda estos elogios hu-  
 « bieron de provocar en mí un  
 « movimiento de orgullo. Pero  
 « mis padres conocían dema-  
 « siado a Jacinto para creer  
 « que su admiración fuera sin-  
 « cera y su entusiasmo gratuito.  
 « Sin embargo, los aceptaron  
 « reconocidos.

« Fué en el café de la calle  
 « Rambuteau, ante un litro de  
 « vino y una bolsa de castañas  
 « asadas, tarareando un estri-  
 « billo de Boulanger, cuando  
 « el abuelo Jacinto Dufour cali-  
 « grafió en papel autográfico  
 « *La Légende de sainte Rade-*  
 « *gonde*, en Noviembre de  
 « 1859.

« Mi querido Barthou, me ha  
 « sido preciso, para complace-  
 « ros, detener mi recuerdo en  
 « esta tarea de escolar. En

« ella se halla la prueba de  
« que fuí un muchacho poco  
« desarrollado para mi edad.  
« Por el empeño que habéis  
« puesto, muchos de los que lo  
« hubieran ignorado lo sabrán  
« ahora. No llega mi torpeza  
« hasta ofenderme por esto.

« Una palabra final, para sa-  
« tisfacción del bibliófilo. El  
« ejemplar que poseéis es el que  
« perteneció a mi padre. Él  
« agregó un retrato de Rade-  
« gunda, lo hizo cubrir, bas-  
« tante mal, por un pequeño  
« encuadernador de la calle  
« Mazarino cuyo nombre he  
« olvidado; de su mano escri-  
« bió debajo del título, con  
« lápiz azul, la fecha de No-  
« viembre de 1859. Recordá-  
« mos algunas pequeñas cosas,  
« mientras olvidamos las gran-  
« des. Os puedo decir que mi  
« padre compró el retrato de  
« Rade gunda por la suma de  
« diez céntimos, a su vecina,  
« la señora Rosselin, sucesora  
« de Delpech, en el muelle  
« Voltaire.

« Creed mi querido Louis  
« Barthou, en mi cordial amis-  
« tad.

*Anatole France.»*

### **Gobiernos fuertes y gobiernos inteligentes.**

Con este título publica Luis de Zulueta, sobre un problema político-social de actualidad rigurosa en las naciones de Europa y América, un estudio que

el *Repertorio Americano*, con el acertadísimo criterio que dirige la selección de sus páginas, reproduce en uno de sus últimos números.

El eminente profesor y hombre de letras precisa sus miradas hacia dos países europeos que se han avocado de muy diversa manera la solución que las democracias occidentales se hallan en la exigencia de encontrar frente al problema que crea la influencia del bolchevismo ruso en el aspecto actual de las cuestiones sociales. Son dos pueblos eslavos cuya agitada vida interna ha sido ocasión de inquietudes en Europa los que fijan la atención de Zulueta: Bulgaria y Checoeslovaquia.

Comentando una opinión del ruso Berdyayev, político radical adverso a la actual revolución, Luis de Zulueta trae una definición del soviétismo que creemos no deber callar. Dice Berdyayev: «A pesar de cuanto ha trastornado y destruído, hay que reconocer que ésta es nuestra revolución nacional». Y el cronista español agrega: *Contiene una mezcla de idealismo oriental, despotismo asiático y sociología germana, que la hacen casi inocua para el resistente organismo de las democracias occidentales.*

No sabemos que se haya dicho nada tan exacto sobre la significación de la revolución